8 – Fidelidad

Posted on ***May 22,2026*** *by* ***Néstor Martínez***



2 Corintios 11: 3 = Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo. ¿Cuál sería, entonces, la llave infalible para mantener esa fidelidad a Cristo? La sabiduría de no caer en engaños producto de la astucia de enviados del infierno. La NTV lo dice así: ***Pero temo que, de alguna manera, su pura y completa devoción a Cristo se corrompa, tal como Eva fue engañada por la astucia de la serpiente.*** Ahora lo sabes, **fidelidad** es casi sinónimo de **devoción.** La palabra "fidelidad" tiene una profundidad que muchas veces se pierde en el uso cotidiano. Se la asocia con la lealtad en las relaciones, con la constancia en el trabajo o con la coherencia personal, pero en su raíz más honda es una postura del alma frente a la verdad. No es simplemente "no fallar", sino permanecer, sostener, mantenerse firme incluso cuando todo alrededor cambia. La fidelidad no es una emoción pasajera, es una decisión sostenida en el tiempo. Desde una mirada bíblica —pero no religiosa en el sentido institucional— la fidelidad es uno de los rasgos más claros del carácter de Dios. La Escritura presenta a un Dios que no abandona lo que empieza, que no se contradice, que no se adapta a conveniencia. Su fidelidad no depende del comportamiento humano; es una expresión de su esencia. Esto es clave: la fidelidad verdadera no es reactiva, es originaria. **No nace de lo que otros hacen, sino de lo que uno es.**
Cuando se traslada esta idea a la vida humana, la fidelidad deja de ser un simple valor moral y se convierte en una forma de existencia. Ser fiel implica vivir alineado con aquello que uno reconoce como verdad, aun cuando eso implique incomodidad, pérdida o incomprensión. Es fácil ser fiel cuando todo es favorable; lo difícil —y lo genuino— aparece cuando sostener una convicción tiene costo. En el evangelio del Reino de Dios, la fidelidad no está ligada a ritos ni a estructuras externas, sino a una relación viva con la verdad y la justicia. Jesús no elogió a quienes cumplían normas por obligación, sino a quienes tenían un corazón íntegro. La fidelidad, en este sentido, no es obediencia ciega, sino coherencia lúcida. **No es sumisión, es compromiso consciente.**

Ahora bien, en el plano social, la fidelidad atraviesa una crisis silenciosa. Vivimos en una cultura que valora la inmediatez, el cambio constante, la adaptación rápida. Se premia la flexibilidad, pero muchas veces se confunde con la falta de raíces. Las relaciones se vuelven descartables, los compromisos se relativizan, y la palabra dada pierde peso. En este contexto, ser fiel puede parecer anticuado, incluso ingenuo. Sin embargo, la fidelidad es precisamente lo que sostiene el tejido social. Sin ella, no hay confianza; sin confianza, no hay comunidad. La fidelidad no es solo un asunto personal, es un bien colectivo. Cuando una persona es fiel —a su palabra, a sus principios, a su vocación— genera un espacio de estabilidad para otros. Se vuelve alguien en quien se puede confiar, y eso, en tiempos de incertidumbre, es un acto profundamente humano. Es importante aclarar que la fidelidad no es rigidez. No se trata de aferrarse a ideas por orgullo o miedo al cambio. La fidelidad auténtica sabe discernir entre lo esencial y lo accesorio. Puede adaptarse en formas, pero no traiciona el fondo. Es como un árbol: se mueve con el viento, pero sus raíces permanecen firmes. Aquí aparece un punto clave: ¿A qué o a quién somos fieles? Porque la fidelidad, mal orientada, puede convertirse en obstinación o incluso en complicidad con lo injusto. Ser fiel a una mentira no es virtud, es error. Por eso, la fidelidad necesita estar anclada en la verdad. Y la verdad, en términos del Reino de Dios, **no es una ideología ni un sistema cerrado, sino una realidad viva que se expresa en el amor, la justicia y la misericordia.** Desde una perspectiva práctica, la fidelidad se construye en lo cotidiano. No es un acto heroico aislado, sino una suma de decisiones pequeñas. Ser fiel a la palabra dada, cumplir lo que se promete, sostener un compromiso, aunque ya no sea emocionante, cuidar una relación cuando atraviesa dificultades, perseverar en una vocación cuando los resultados no son inmediatos. Todo eso forma el músculo de la fidelidad. Un recurso útil es revisar periódicamente nuestras prioridades. Preguntarse: ¿Qué es lo verdaderamente importante para mí? ¿Qué valores no estoy dispuesto a negociar? ¿Estoy viviendo de acuerdo con eso? Este ejercicio, aunque simple, ayuda a alinear la vida con convicciones profundas y evita que la fidelidad se diluya en la rutina.

Otro aspecto práctico es aprender a decir “no”. La fidelidad implica elegir, y elegir implica renunciar. No se puede ser fiel a todo. Decir “no” a lo que distrae o desvía es una forma de decir “sí” a lo esencial. Esto no siempre es cómodo, pero es necesario. La fidelidad tiene un componente de disciplina que no se puede evitar. También es importante cultivar la memoria. Recordar por qué comenzamos algo, qué nos motivó, qué sentido tenía. En momentos de desgaste o duda, volver a ese origen puede renovar el compromiso. La memoria, en este sentido, es una aliada de la fidelidad.

Ahora bien, no se puede hablar de fidelidad sin reconocer la fragilidad humana. Todos, en algún momento, fallamos. Prometemos y no cumplimos, comenzamos con entusiasmo y abandonamos, sostenemos convicciones que luego traicionamos. Esto no invalida la fidelidad como valor, pero sí la vuelve más realista. **La fidelidad no es perfección, es persistencia.** No es nunca caer, es volver a levantarse con la misma orientación. Aquí entra en juego la gracia, entendida no como un concepto religioso abstracto, sino como la posibilidad de recomenzar. La fidelidad no se sostiene solo con fuerza de voluntad; necesita una fuente interior que la alimente. En el evangelio del Reino, esa fuente es la relación con Dios como Padre, cercano, presente, que no abandona. La fidelidad humana se fortalece cuando se apoya en una fidelidad mayor. Un detalle importante, no podemos ni debemos volver la fidelidad como algo pesado o solemne. Porque, seamos sinceros, a veces somos fieles… hasta que aparece una tentación con mejor marketing. “Esta vez sí voy a ser constante”, decimos un lunes, y el miércoles ya estamos negociando con nosotros mismos. La fidelidad también implica reírse un poco de esas contradicciones, sin justificarlas, pero sin dramatizarlas en exceso. La autoexigencia extrema puede ser tan dañina como la falta de compromiso. La fidelidad, en su expresión más profunda, tiene que ver con la identidad. Una persona fiel no actúa de cierta manera para cumplir expectativas externas, sino porque ha integrado ciertos valores como parte de sí misma. No es “debo ser fiel”, sino “soy fiel”. Este cambio de enfoque transforma la manera en que se vive. En términos sociales, sería interesante imaginar qué pasaría si la fidelidad volviera a ocupar un lugar central. Políticos fieles a la verdad y al bien común, trabajadores fieles a su responsabilidad, ciudadanos fieles a principios de justicia, relaciones basadas en la confianza mutua. No es una utopía ingenua, es una posibilidad concreta que comienza en lo individual. Y además, por si lo olvidaste; ¡¡Ese era el diseño!! Por supuesto, esto no significa ignorar las complejidades del mundo real. La fidelidad no resuelve todos los problemas, ni garantiza resultados inmediatos. A veces, ser fiel implica atravesar pérdidas o incomprensiones. Pero incluso en esos casos, hay una ganancia interior: la

coherencia. Y la coherencia, aunque no siempre sea visible, tiene un valor inmenso. En el marco del Reino de Dios, la fidelidad no es un fin en sí mismo, sino un medio para expresar el amor. Ser fiel es, en última instancia, una forma de amar: amar la verdad, amar a las personas, amar el propósito que se ha recibido. No es una carga, es una elección que da sentido. Para cerrar, se podría decir que **la fidelidad es una especie de brújula. No elimina las tormentas, pero orienta en medio de ellas. No evita los errores, pero permite corregir el rumbo. No hace la vida más fácil, pero sí más auténtica.** En un mundo donde todo parece negociable, la fidelidad se vuelve un acto casi revolucionario. No necesita grandes discursos ni gestos espectaculares. Se manifiesta en la constancia silenciosa, en la palabra cumplida, en la decisión de permanecer. Y, aunque no siempre sea reconocida, tiene un impacto profundo en la vida propia y en la de los demás. Ser fiel, entonces, no es simplemente "portarse bien".**Es vivir con integridad, sostener lo que vale la pena, elegir la verdad una y otra vez.** Es, en definitiva, una forma de participar —de manera concreta y cotidiana— en ese Reino que no se impone, pero que crece en cada acto genuino de amor y coherencia.

Posted in:Blog,Sin Categoría | | With 0 comments